



# El pianista

## *The Pianist*

■ Ricardo Piglia

Hay distintas maneras de contar esta historia —dijo el pianista— porque no es cierto que una imagen valga más que cien palabras. Si el juez hubiera escuchado a la chica, tal vez todo se hubiera aclarado. No el crimen, si es que hubo un crimen, pero al menos la verdad.

Se tiró un poco atrás en el banquito bajo en el que se sentaba frente al piano como había visto a Glenn Gould que se sentaba, bien abajo, hundido, lejos del teclado, como si los brazos no estuvieran en su cuerpo y tocara ladeado, agitándose, mientras improvisaba a la manera de Erroll Garner sobre el standard de *I Found a Million Dollar Baby (in a Five and Ten Cent Store)*.

—Pero al menos la verdad... —repitió y se empezó a reír y después se inclinó a buscar al mono que se movía, nervioso, de costado, en el piso, agitando la cola, pero no alcanzó a agarrarlo porque el mono se escapó hacia un rincón y se escondió bajo las patas de una mesa en el fondo del salón vacío.

Porque tenía un mono, el pianista, un monito de cara blanca, despierto, rápido y lo llamaba Thelonius, aunque el mono, para decir las cosas como son, jamás le hacía caso y sólo lo miraba, a veces, cuando el pianista le decía, al mono, Villegas.

El pianista tocaba todas las noches para tres o cuatro contrabandistas y dos o tres dealers de droga y algunas chicas de vida fácil y varios viajantes de comercio, en el cabaret *Mogambo*, ahí, en ese pueblito perdido de la frontera con Brasil, en la provincia de Misiones, en medio de la selva, al final de un camino de asfalto que todos, en el lugar, decían que era la ruta panamericana y que si uno la seguía hacia el norte, subiendo y subiendo sin perder la línea blanca del macadán, al final llegaba a Alaska.

—Y dicen Alaska, —dijo el pianista— porque Alaska es el paraíso para un pueblo muerto como éste donde siempre hace más de 40 grados a la sombra. Oh, la blancura de Alaska —dijo el pianista— pienso en los grandes icerbergs que flotan en el mar helado cada vez que alguien hace tintinear el hielo en un vaso de güisqui.

---

El autor nació en Adrogué, provincia de Buenos Aires, en 1941, y es considerado como uno de los novelistas más representativos de la nueva literatura argentina. Junto a su obra de ficción (*Respiración artificial*, *La ciudad ausente*, *Blanco nocturno*), Piglia también se ha adentrado en la crítica (*Diccionario de la novela de Macedonio Fernández*) y el ensayo (*La Argentina en pedazos*, *Formas breves*). En 1997, fue galardonado con el Premio Planeta Argentina por su novela *Plata quemada*.

Después repitió que él conocía la historia mejor que nadie porque se pasaba las noches escuchando aventuras y delirios y sueños de todos los desesperados que venían a morir a la frontera. Tocaba a partir de las ocho y hacía varias entradas hasta que empezaba a clarear y siempre alguno le contaba algún cuento extraordinario. El pianista pensaba que las piezas que tocaba en el piano y las historias que escuchaba en el cabaret formaban una sola melodía. Como si él las acompañara en el piano, como si la vida no pudiera ser contada sin música de fondo.

—Para empezar la chica estuvo varios días en el pueblo y vino a verme antes del accidente. Si después quiso escapar ella sabrá por qué. La selva transforma a la gente y la enloquece, pero ella era más loca antes de llegar que después de haberse ido. Loca es un decir. Nunca se vio una mujer así por estos territorios. Bella como un ángel y distinguida como una princesa polaca. Clide Calveyra. Se sentaba ahí donde está usted a escucharme tocar y siempre me pedía *The Lady is a Tramp* y yo se lo tocaba como si fuera Bill Evans y ella —si había bebido suficiente ginebra— cantaba en voz baja, algunas estrofas, solo para mí, imitando el estilo sosegado de María Bethania.

Algunos dicen que la chica usó a Toninho como anzuelo para pescar a Mister Morrison pero si uno ha visto, una vez, los ojitos de gato de Morrison se dará cuenta de que eso es imposible. Un seductor, una especie de bebé gordo y malvado. Dicen que ella lo mató por la plata, que fingió un accidente para sacarse de encima a Toninho, que ahora sus abogados litigan con la familia Morrison mientras Clide está descansando en un convento de monjas en Paraguay. Falso, si le alcanza con cruzar las piernas para conseguir lo que quiere. Y además falso, porque ella nunca tuvo familia y por lo que se sabe terminó apelando para protegerse a un abogado muerto de hambre, un defensor de pobres y ausentes, un borracho desahuciado que tiene su estudio en el fondo del mundo, en un pueblo que se llama San Bartolomé.

A Charlie "Toninho" Samoná lo habíamos visto antes aquí, en la frontera, porque vive de la selva. Fue el único sobreviviente en un accidente de aviación hace un par de años y pasó un mes perdido en el monte y caminó más de una semana antes de llegar a Manaus. Se gana la vida contándoles esa historia a las viudas ricas y haciendo excursiones por el río hasta el fin del Amazonas.

Parece que Toninho conoció a Mister Morrison y a la muchacha en un hotel de Buenos Aires y los entusiasmó para subir a la selva. Thomas Morrison III es heredero de herederos y la fortuna de su familia cotiza en la bolsa de Tokio.

Encontraron el Land Rover de Toninho en un barranco, cincuenta kilómetros al norte de aquí, con el cadáver de los dos hombres y ningún rastro de la mujer. En el baúl había dos cintas de Super-8. Morrison los había filmado continuamente, a Clide y a Toninho, sobre todo a Clide, como si para eso hubiera hecho el viaje.

Para eso y para morir en un descampado. En la última imagen se lo ve sentado en un tronco, en el claro del bosque, con anteojos negros y desnudo, una pistola 7,65 en la mano mientras que al fondo se adivina la silueta huidiza de Toninho que extiende la mano hacia la chica que escapa. Seguro Morrison apuntaló la cámara en un árbol y se filmó a sí mismo y la ima-

gen captó el momento en que Toninho le dice a la chica que huya o quiere retenerla pero todo es confuso porque los dos están ya fuera de foco.

Esa imagen final y las imágenes de la última semana casi se pierden porque un campesino se robó la cámara la tarde del accidente; encontró la camioneta con los muertos y la cámara tirada en un costado y se la llevó para venderla. Lo descubrieron varias semanas después y el hombre estaba despavorido porque temía que lo acusaran del crimen.

Era un mestizo japonés, que tenía un cultivo de yuca en las afueras del San Cristóbal. No había visto nada, no sabía nada, sólo dijo que los monos y los loros esa noche habían chillado hasta el alba y que él salió a ver qué pasaba y encontró el Land Rover volcado y restos de un campamento en el claro del bosque.

La cámara estaba intacta, cargada con los últimos metros de película. Claro que cuando se pudo ver lo que Morrison había filmado antes de morir ya todos en el pueblo teníamos una versión y nadie necesitaba otras pruebas, ni creía en las imágenes.

Nadie, claro, salvo el juez. Pero el juez era un empecinado, un hombre abstracto, lo que yo llamo un hombre abstracto, que vive de acuerdo a sus principios y sólo hace juicios críticos a priori, un kantiano, un discípulo de Kelsen, cuyo principio básico, su razón suficiente, diría, era que sólo hay que creer en lo que se ve y sólo en eso. Tenía ojos claros, de ese celeste desgarnado que los ingleses llaman gris y porque era hijo de ingleses se sentía obligado a ser irónico, distante, indirecto, con un humor tan fino que uno tardaba una semana en darse cuenta dónde estaba la gracia del asunto cada vez que el juez decía algo divertido.

Era un hombre detallista, muy cuidadoso, me acuerdo que llevaba una petaca de brandy, una de esas petaquitas de metal, forradas de cuero fino, que se guardan en un bolsillo secreto del chaleco y eso lo sé porque una vez lo vi meter los dedos finos en la sisa, como si fuera un carterista de sí mismo, el juez, y sacar la petaca limpiamente y beber un trago, en medio de la calle. La levantó apoyada contra la palma de la mano izquierda, porque era zurdo, entre el pulgar y el dedo chico, mientras con la derecha abría la tapita niquelada y le dio un golpe seco, quebrando la muñeca, y después de beber le limpió el borde con un pañuelo blanco y me convidó pero yo le dije que no tomaba en la calle y él sonrió resignado y me empezó a contar que se había hecho hacer varios chalecos con un sastre de Olivos que era el único, según el juez, dijo el pianista, que todavía recordaba la costumbre de los caballeros ingleses de llevar su petaca de brandy en el bolsillo del chaleco y seguía cortando esos chalecos con bolsillo secreto aunque el juez y el dueño de una cadena de cines de Adrogué y el embajador de la India en Buenos Aires eran los últimos clientes que le quedaban al sastre, claro que, por supuesto, agregó el juez, hacerse el chaleco quería decir también hacerse el traje, así que el sastre podía sobrevivir, en su casa de Olivos, donde tenía el taller y vivía solo, entre casimires y centímetros de hule amarillo y sacos con las entretelas dibujadas con grandes tizas triangulares exhibidos sobre blancos maniqués de madera sin cabeza.

Me dio toda esa explicación porque pensó que yo me había sorprendido, no por verlo tomar un trago en la calle y en esas circunstancias, sino por la costumbre insólita de usar chaleco en

verano, en el norte de Misiones, como si me dijera que usaba el chaleco y las camisas blancas y el traje oscuro sólo para llevar la petaca de brandy con él donde fuera que iba. No era un alcohólico ni nada parecido, sobre todo comparado con la gente de por aquí, que toma alcohol marca Acevedo que compra en la farmacia y lo mezcla con cáscaras de naranja para perder la cabeza al primer sorbo, nada de eso, el juez usaba la petaquita cuando estaba desesperado o muy nervioso porque en realidad su costumbre, en seguida, fue venir aquí a tomarse su vaso de güisqui al caer la tarde, a la vista de todos, cuando había terminado el trabajo del día, en el juzgado que había improvisado en el hotel.

Era un hombre decente que llegó a este lugar, en el fin del mundo, y se largó a buscar la verdad como quien rastrea, en la selva, un caballo perdido.

Trabajaba en Posadas pero era de Rosario y había vivido en Londres y le asignaron este caso porque sabía hablar inglés. Lo vimos llegar una noche a la estación y bajar del tren con una valija y un perramus y mirar el pueblo como quien acaba de desembarcar en el infierno. Y era ahí donde había desembarcado, claro; pero él lo confirmó sólo al final.

Tenía una pieza reservada en el hotel de la plaza y en seguida quiso ver las cintas. Pasó tres días encerrado en el cuarto del hotel con las imágenes titilando contra un lienzo colgado en la pared, sentado en la penumbra bajo el ventilador de paleta, atrás del proyector, fumando y tomando notas, haciendo planos, mapas, certificando datos, rostros, recuerdos. Después instaló la oficina del juzgado y abrió el sumario y empezó a llamar a los testigos. Gente de la zona, campesinos, pescadores, que habían visto pasar a Morrison, a Clide y a Toninho, acampar, seguir, meterse cada vez más adentro en la selva. Los relatos confirmaban, desmentían, completaban lo que se veía en las imágenes filmadas.

La historia se iba construyendo en fragmentos, una historia densa, cada vez más perversa. Habían viajado hacia el norte, paralelos al curso del río, pescando y cazando y fotografiando a los pájaros o grabando el chillido de los monos como si ese hubiera sido el sentido de la aventura. A partir de ese itinerario podían tejerse varias tramas igualmente verdaderas e igualmente siniestras.

En una, por ejemplo, Morrison usaba a Clide y a Toninho para su placer personal; en otra Toninho engañaba a Morrison; en otra se enfrentaban los dos aplastados por el tedio y el horror de estar lejos de todo, perdidos en el monte. Lo cierto es que de pronto habían tomado la decisión inesperada de regresar y se volvían y tenían el accidente en el barranco del norte. En esa trama contradictoria sólo la figura de la muchacha se destacaba, nítida, siempre igual a sí misma. Como si sólo la mujer hubiera existido realmente, y todo el resto, incluso los muertos, fueran ficciones, conjeturas. En ese juego de imágenes y de falsas realidades quedó capturado el juez.

Todas sus convicciones se derrumbaron cuando el campesino entregó la cámara y pudo ver la cinta que faltaba. Esas imágenes lo alucinaron, se quedó fijo ahí, fascinado por la chica y por su historia. Primero buscaba pruebas, pero después sólo buscaba a la muchacha. Detenía la imagen sobre la imagen desnuda de Clide, sobre la cama donde Toninho y ella se deleita-

ban en la depravación, sobre la chica besando a Morrison, sobre la chica caminando sola por un claro del bosque o durmiendo en el catre, bajo el mosquitero, junto al fuego, en medio de la noche.

Pasaba cada vez mas tiempo en su cuarto, detenido en el cuerpo bellissimo de Clide reproducido en la pantalla, y tomaba cerveza, porque empezó a pedir cerveza y esa fue la primera señal de que ya se había hundido. Se sentaba en el sillón de caña en medio del cuarto, a mirar las imágenes. A veces salía al balcón, enfrente estaba el monte, atrás la luz celeste del proyector con la figura inolvidable de la muchacha.

La gente es rara, cambia de golpe, basta una ilusión y la vida se da vuelta. Empezó a tomar cerveza brasileña y a quedarse horas quieto frente a la imagen de la chica, buscando algo que se le había perdido. Y esos fueron, para mí, los primeros signos de que el juez había cambiado. Tomaba cerveza en su cuarto, güisqui en el cabaret y brandy en la calle. Esa sería para mí, dijo el pianista, la forma más rápida de describir su evolución.

Me acuerdo la primera vez que entró aquí. El local estaba vacío, yo tocaba *How Deep is the Ocean* de Irvin Berlin según el arreglo de Oscar Peterson y el juez se paró frente a la barra y pidió un güisqui. La luz entraba por la claraboya y todo estaba quieto y tranquilo. De pronto Thelonius se trepó a la barra, corrió por el estaño, se detuvo frente al juez y metió los deditos en su vaso de güisqui, eso duró un instante que pareció eterno, porque enseguida el mono se escapó hacia el costado y se empezó a chupar los dedos, sentado sobre el mostrador, levantando y bajando la carita, con una expresión de asombro y de tristeza en sus ojos enormes.

—Oiga —dijo el juez y me miró, ahora con el vaso en la mano— el mono se lavó los dedos en mi vaso de güisqui.

—*The monkey washed his finger in my glass of whisky* —dije yo— Por el título no lo conozco, pero si me lo tararea seguro lo saco.

Entonces, luego de un segundo de vacilación, el juez se largó a reír; fue una risa rara, lejana, como si se hubiera reído en inglés. Después se bajó del taburete y vino hasta aquí y se sentó a la misma mesa donde se sentaba Clide para cantar *The Lady is a Tramp*.

Estaba en otro planeta, eso supo, ese día, el juez, cuando Thelonius hizo su numerito de meter sus dedos en el vaso de güisqui y chupárselos, porque también el mono (como todos nosotros) necesitaba emborracharse para soportar la vida. Estaba en otro mundo, estaba en la frontera, en el borde de la nada.

Nos entendimos enseguida, el juez y yo, por el chiste del mono, porque ninguno de los dos era de aquí, porque los dos habíamos perdido todo salvo el prestigio incierto de lo que parecíamos ser (un juez, un pianista) y porque ninguno de los dos hubiera hecho lo que el otro hacía.

El empezó a venir para escucharme hablar de Clide, porque yo había visto de cerca a la muchacha y se me acercó para tener una visión un poco más directa de las cosas. Era obvio que estaba obsesionado con ella, no ya con lo que podía complicarla en el crimen (si es que hubo un crimen) sino con el misterio de la chica.

Nunca antes había visto de cerca a un juez —dijo el pianista—, pero entiendo que es una profesión solitaria. Difícil ser juez, pero éste además de ser juez era un alucinado, un poseído. A la madrugada si alguno de nosotros salía a caminar por las calles vacías, veía siempre, en el piso alto del hotel, al juez, fumando, en el balcón, buscando el fresco de la madrugada con la luz mortecina del proyector iluminando apenas la ventana del cuarto.

Hablaba de ella como si fuera un recuerdo, como si ella lo hubiera abandonado por otro o se hubiera marchado sin darle explicaciones. Buscaba detalles, rasgos que confirmaran lo que ya sabía. Parecía enfermo, enfurecido.

No tenía otra cosa que imágenes en un lienzo blanco, pero las convirtió en lo único que había de verdaderamente real en su vida.

Lo supe claramente una noche en la que esperó hasta que cerrara el cabaret y se vino conmigo. Salimos juntos al calor húmedo que subía del monte y caminamos hasta su hotel. Esa fue la vez que lo vi tomar de la petaca en la calle y esa fue la vez que me contó la historia del sastre de Olivos que fabricaba los chalecos con bolsillo secreto para él, para el dueño de los cines de Adrogué y para el embajador de la India en Buenos Aires.

Esa madrugada vino como a despedirse, porque había decidido, me dijo, subir a buscarla. Dijo subir y esa fue otra prueba de que había cambiado y de que ya hablaba como nosotros, como los forasteros que terminamos hundidos en la selva.

¿Sabía yo de la hacienda "Las lobas" en la frontera sur? Tenía datos, ella estaba ahí, se lo había dicho el capanga de esa plantación de café del lado del Brasil. No tenía jurisdicción pero eso no lo detuvo. Contrató un chofer y se fue esa misma mañana. Salió a buscarla, se metió en la selva, solo con la imagen de la chica y la seguridad de que si alguien la había visto alguna vez no podría olvidarla.

Llegó a la hacienda dos días después. Se entrevistó con el patrón, Don Cayetano Souza, que lo recibió como a un dignatario del gobierno. La muchacha había estado ahí, se sentía perseguida, decía que era víctima de una conjura, que querían culparla de un crimen. Se había quedado dos semanas y después había seguido viaje, estaba asustada, necesitaba que la defendieran. No se fue muy lejos, le dijo Souza, se fue a San Bernardo a buscar un abogado, un tal Quiroga.

Entonces el juez siguió esa pista, anotó los datos, cruzó el río y llegó a San Bernardo en una lancha al anochecer y se metió en los barrios altos del poblado. La casa del abogado tenía dos pisos y tardaron en abrirle. Conducido por una mucama que parecía muda cruzó varios escaleras y pasillos hasta una pieza donde un hombre deliraba de fiebre tendido en una cama cubierta con un mosquitero. Era Quiroga. Cada tanto el hombre sacaba un brazo fuera del tul y levantaba una botella de ginebra para tomar del pico.

A las dos horas el juez pudo entender que la muchacha le había pedido protección legal, que era inocente y que él le había aconsejado que se presentara ante el juez pero ella se había ido y había cruzado otra vez la frontera y que andaba por ahí, escondida, entre Misiones y Formosa.

Eso fue todo lo que trajo del viaje. La conversación con De Souza y los papeles indecisos del descargo que le había escrito ese defensor de pobres y ausentes, el Tordo Quiroga, como lo llamaban todos en San Bernardo, un borracho perdido, enfermo de malaria, que se ganaba la vida firmando sin leer pedidos de *habeas corpus* para los traficantes paraguayos que se defendían de la extradición en la zona de la triple frontera.

Eso era todo, es decir no era nada, pero le alcanzó. Con esos testimonios y esos datos que cualquiera hubiera descartado, dictó sentencia. Dijo que había sido un accidente, que la chica estaba libre de culpa y cargo y mandó el escrito a Posadas y antes de que la justicia se enterara de su dictamen, hizo sacar en los diarios de la provincia el fallo con el nombre y la foto de Clide y la declaración donde se aseguraba, una y otra vez, que la muchacha era inocente.

Después de eso se sentó a esperar. Estaba convencido de que ella iba a venir. Pero lo que llegó no fue la chica, sino una orden del tribunal federal de Santa Fe que le exigía volver de inmediato y llevar las pruebas, las cintas, los documentos, porque su fallo había sido apelado y su conducta jurídica y su ética profesional puestos en cuestión.

El juez iba a ser juzgado.

Pagó todas sus cuentas, preparó la valija, y se fue, con el perramus que nunca había usado en el brazo derecho, la petaca de brandy en el bolsillito del chaleco y su mirada siempre clara, siempre imperturbable.

Pidió un taxi y se hizo llevar al aeropuerto de Posadas. Cuando terminó de hacer los trámites y despachó la valija, entró en el bar y pidió una cerveza.

Y entonces sucedió algo extraordinario.

Sentada a una mesa, contra la ventana, tomando un cóctel, estaba Clide. Él estaba parado en la barra, muy cerca de ella y la miró contra el aire limpio de la tarde y no la reconoció.

La chica estaba ahí, tranquila, con su bello rostro iluminado por la luz que entraba por el ventanal, pero fue como si él nunca la hubiera visto.

¿No es maravilloso? —dijo el pianista—. Un momento perfecto, inolvidable. Estuvieron juntos, en ese bar casi vacío, como en un sueño.

Por fin el juez terminó la cerveza, salió, cruzó el hall y pasó a la zona de embarque.

Clide siguió en el bar, esperando su vuelo a Buenos Aires, y sin duda lo vio por la ventana caminar por la pista, con el perramus en el brazo, y subir al avión que lo llevaba de vuelta a la realidad.

Siempre lamenté no haber estado ahí para poder acompañar la escena con el piano.

Todo podía haber cambiado y todo siguió igual. La vida es rara, dijo el pianista, y se largó a reír.

Entonces se inclinó sobre el piano y empezó a tocar *The Lady is a Tramp*.

El mono, desde un rincón, se agitó, cuando escuchó la melodía, y miró hacia la puerta con sus grandes ojos inquietos.